

# La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

## GRAN CENTENARIO

Lo será el décimo tercero de la conversión de Recaredo que la España Católica se dispone á celebrar por iniciativa de nuestros queridísimos colegas *Dogma y Razon* y *La Revista Popular*; y con exclusion voluntaria de toda la prensa liberal que sin distincion de grados ni matices, ha cerrado hasta ahora el pico sobre tal asunto y no ha dicho esta boca es mia.

Y aun hay quien dude que el *liberalismo* y el *catolicismo* son enemigos irreconciliables.

Y aun hay quien se apellide *católico-liberal*, y pretende juntar la luz y las tinieblas comulgando por pascua y gritando viva Riego.

Por nuestra parte diremos lo que dice nuestro estimado colega *El Eco Franciscano*.

«Somos ante todo y sobre todo católicos, apostólicos, romanos, y esto solo basta para que nos agrupemos con el más vivo entusiasmo y la más inquebrantable adhesion al derredor de la bandera de Recaredo; somos católicos, apostólicos, romanos, y esto basta para que celebremos con el mayor regocijo el establecimiento de la *Unidad católica* en nuestra inclita nacion, y para que aplaudamos y secundemos con todas nuestras fuerzas el gran pensamiento de hacer una espléndida manifestacion de fé católica para conmemorar el décimotercio centenario de tan fausto suceso.»

¿Porqué no hacen otro tanto los que sin dejar de ser *liberales* quieren llamarse *católicos*?

Ellos lo saben.

Y nosotros tambien.

¿Cómo han de saludar con júbilo la bandera de la *Unidad Católica* de España, los mismos que la han desgarrado?

A. G. y G.

SECCION RECREATIVA.

## CAMINO DE GLORIA

Dedicamos este número de LA LECTURA á la publicacion de una bellísima

poesia que, aunque no es nueva, tal vez lo será para muchos de nuestros lectores que hasta ahora no habrán tenido ocasion de leerla. Rogámosles que se fijen en ella; pues tras de sus cadenciosos y encantadores versos, hallarán otra cosa que vale más que las bellezas del arte: las del alma que llevada del amor de Dios arrostra todas las tempestades del sufrimiento por arribar al puerto de la Verdad.

La autora del poema, para informar su idea, la presenta bajo la imágen de una inocente doncella hija de un rey gentil que, paseando un dia por los jardines de su padre, al contemplar la belleza de las flores, la hermosura de los cielos y los encantos todos de la naturaleza, eleva su mente hasta el autor de tanta maravilla, y enamorada de su sabiduría, su poder y su grandeza, concibe el deseo de unirse á él. Absorta en estos pensamientos aparécesele de repente un gallardo jóven que, manifestándola ser aquel mismo rey por quien ella suspira, ofrécela en pago de su puro amor conducirla á su lejano reino y darla allí su mano.

Desde aquel momento la princesa lo abandona todo: patria, familia, hogar, honores y riquezas; y guiada por su futuro esposo y alentada por su amor, emprende penosísimo viage por comarcas áridas y sombrías. En ese viage, imágen viva y fiel del que hacen por este valle de amargura las almas que quieren seguir á Jesucristo, se ven admirablemente pintados los sufrimientos de esas almas, sus angustias, sus desmayos y aquella firme constancia en padecer que las caracteriza y da la palma de la victoria.

Casi al fin de la jornada la inocente princesa, á semejanza tambien de lo que sucede á esas almas fieles, sufre la más amarga de todas las pruebas: la del aparente abandono del Amado. «Espera», la dice y desaparece de su vista. Ella, desolada y anegada en llanto, vuélvese á todas partes; gime, suspira, interroga á las criaturas, pero en vano, porque ninguna puede decirle donde se halla el amado de su corazon. Desapareció para acrisolarla en el fuego de las desolaciones que es el fuego donde se

perfeccionan las virtudes.

Entonces es cuando llega el momento de descubrirse el gran misterio oculto aun á los ojos de la princesa gentil.

Al hallarse sola y junto á las paredes de un antiguo claustro entra en él para albergarse, penetra en su templo, las religiosas la rodean, y cuando entre lágrimas acaba ella de explicarles la historia de su infortunio, levanta los ojos y ¡horror! ve clavado en un madero y cubierto de sangre al dulcísimo amante de quien acaba de separarse poco ha. Aquel amante era Jesucristo que con los brazos abiertos, las manos y piés traspasados y los ojos moribundos le muestra ahora ya sin velos ni figuras el único camino que conduce al reino de su Padre: el camino de la abnegacion y de la Cruz.

Yo sé que al llegar aquí no faltará quien sonria, y se encoja de hombros exclamando: ¡Poesía mística! ¡pasó de moda!

Es verdad querido lector; la poesia mística ha pasado de moda para ciertas gentes, como ha pasado de moda el evangelio en que se funda. No creen en Cristo Redentor de la humanidad, y por tanto está demás escribirles sobre las grandes verdades cristianas poemas que nunca han de leer. Fuera caso de cantar endechas al vapor ó la *electricidad* y ya sería otra cosa; pero... pregunto yo: ¿podremos entrar por vapor ó telégrafo en el reino de los cielos? No; pues entonces ¿qué valen todos los llamados adelantos de la civilizacion si el arte con todas sus grandezas, la industria con todas sus riquezas y la materia con sus progresos no sirven para proyectar sobre nuestra alma un rayo de verdadera luz?

El mundo moderno es muy grande, muy fuerte, muy sabio; pero con toda su fuerza, su grandeza y su sabiduría, no puede enjugar las lágrimas del último miserable. Lo sabe todo, pero no sabe hacernos felices; lo puede todo, pero no puede llenar nuestro espíritu; lo indaga todo, pero no ha indagado aun el misterio de nuestra existencia terrena, ni el lugar donde nos es dado hallar la paz.

Siendo esto así ¡oh! sabios de cartulina y poetas de á perro chico; ¿cómo quereis que nos entusiasmen vuestras empalagosas sinfonías?; quedaos allá con vuestras garrulerías y vuestros cantos, y buen provecho os hagan; pues para nosotros hay y habrá siempre en favor de la poesía cristiana una razón que no destruireis jamás.

La del efecto que produce en los que la escriben y en los que la leen.

Mientras vuestros Larras se suicidan, y vuestros Esproncedas viven y mueren desesperados, arrastrando en pos de sí miles de desdichados corazones, Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, nuestros poetas, mueren de amor con la sonrisa en los labios llenándonos á todos de esperanza. — ¡Alegraos! — nos dicen porque Cristo ha descubierto el camino de la gloria.

Y nosotros nos alegramos y procuramos seguir ese camino mientras vosotros os pegais un tiro.

¿Quereis mejor argumento?

A. C. y G.

## EL AMOR DE LOS AMORES

Espiritus de amor dadme concetos de celestial ternura, dulces como los mágicos acentos del arpa suspendida en la espesura.

Tan gratos como son en el estio al segador cansado las brisas que humedecen en el río su aliento perfumado; tan puros y sencillos cual la fuente que nace y muere en solitario suelo; como el alma del párvulo inocente que blanda sube de la tierra al cielo.

Y vosotras las almas que alentais de amor sublime y santo oid, oid, que relataros quiero una historia de amor llena de encanto hermosa cual la estrella vespertina, tierna como el acento lastimero del ruisenor herido; mas grata y peregrina.....!

pero voy á empezar, prestadme oído. Hubo en remota orilla una jóven princesa cual sus padres pagana; más tan pura, tan rica de belleza y donosura como tierna y gentil, casta y sencilla.

Una mañana al despertar la aurora, de sus jardines las amenas calles á solas paseaba; risueña, encantadora sobre las frescas flores se inclinaba, sus perfumes gozaba, y al ver titiladora la gota de purísimo rocío, que cual llanto de amor que el cielo envía baja un instante al suelo,

le toca le abrillanta y torna al cielo, suspiraba y decía:

¡Oh! ¿quién hizo las flores; quién con belleza tanta armonizó sus hojas, sus colores y el aroma les dió que nos encanta? ¿Quién hizo cuanto en torno nos rodea, y que á nosotros imitar no es dado? ¿Esta luz, este ambiente que recrea, esas franjas de azul, ópalo y grana, que despues que el oriente han matizado, van cediéndole el paso á la mañana? ¿A esos cristales del undoso río, á esas vegas cuajadas de rocío, á esta brisa, á estas flores, quién aliento les dió vida y colores? ¡Con cuanto anhelo conocerle ansio! A él sólo quiero amar desde este instante él sólo llenará el vacío que hasta hoy sintió mi corazón amante.

Mi rango, mi riqueza gustosa dejaré por sus amores, y si preciso es ¡ay! mi belleza; ¿en donde, en donde está?, decidme, flores.

Era la noche, en su lujosa estancia sobre blando divan el cuerpo leve, y el rostro dulce y bello sobre la mano que afrentó la nieve, los negros rizos sobre el albo cuello, soñando que aspiraba la fragancia de la floresta umbrosa que con las galas del abril se engrie, la princesa gentil blanda reposa, la princesa durmiendo se sonrie. De pronto creyó oír entre su sueño una voz persuasiva y amorosa que al lejos la llamaba; que con amante empeño: despierta, despierta, murmuraba; tú la mas casta, cándida y hermosa que su amor me ofreciera; ¿si es tanto el que me tienes, cuando mi amor te espera, porqué no oyes mi voz, porqué no vienes?

Levantóse la jóven presurosa, y al dulce imán del cariñoso acento á los jardines se lanzó ligera. Entre las flores reposaba el viento, la luna en la mitad de su carrera llenaba con su brillo plateado los campos, el palacio, los jardines, todo en blando silencio sepultado.

A su luz avanzaba la doncella cuando en un bosquecillo de jazmines, de sonrisa bañando la faz bella, de majestad radiante, y hermosura como jamás pasara por su mente que haber pudiera terrenal criatura, á un mancebo encontró que así le dijo: Esta mañana á las sencillas flores preguntabas por mí; yo que te oía en tu inocencia con afan prolijo ofrecerme tu amor por mis amores, tu candor contemplando y tu pureza por esposa te elijo.

Mas todo acabado mi amor empieza, yo tu esposo seré, tú esposa mía, mas padres dejarás, pompa y riqueza; Grande es mi reino y aunque esté lejano la dicha aguarda á quien en él confía;

si me quieres seguir esta es mi mano. Y su mano aceptando la princesa los jardines dejó por él guiada, feliz con su cariño, y tan segura en él y confiada como en el de su madre el tierno niño. Llevada por el jóven misterioso la ciudad dejó atrás, prados y montes; el llano polvoroso, las campiñas de inmensos horizontes el pueblo extraño, el anchuroso río, y trás el bosque enmarañado, umbrío, la estéril playa de peñascos llena que espumoso y sonante el mar bravío continuo asalta y el espacio atruena.

La princesa en su marcha se rendía, la princesa al mancebo le decía: mi espíritu desmaya, ¿adonde, adonde vamos por esta triste y borrascosa playa? Y su mano estrechando con su mano con dulcísimo acento respondia: mi reino está lejano, ¿si te quieres volver....? y ella seguía. Y seguían los dos en su camino con veloz y callado movimiento cual nave que despliega el tosco lino é impele sobre el mar próspero viento, ó cual crespó vellón de blanca nube que empuja el torbellino y siempre huyendo por el eter sube; y entre tanto refréscase el ambiente, aclárase el azul del firmamento, las estrellas se apagan lentamente, dilata su aureola

el sol que va á nacer por el oriente, el aire de alba luz se torna sola, las flores en sus tallos se levantan, destácanse las formas de la sierra, las aves trinan, los zagaes cantan y el sol que nace en fin dora la tierra. Y ellos siguen y siguen avanzando cual si un sér misterioso los llevara, que selvas y montañas allanando con secreto poder los impulsara. Y así como á la vista nos ofrece objetos mil el disolvente cuadro que nos muestra un instante y desvanece, de la jóven princesa ante los ojos paisajes y paisajes se ofrecían, Ya eran campos con áridos rastros, praderas que á lo lejos sonreían, ganados que pacian, casas, ruinas, ciudades, humeantes y alegres caserios, todo envuelto en la, luz leve neblina que la distancia acrece y el vapor semeando de los rios como implacable gasa los rodea.

La princesa en su marcha se rendía, la princesa al mancebo repetía: La tarde se avecina, tu reino está lejano, amado mio, mi ser es débil, reposar ansio. Y el su mano estrechando con su mano: con tristísimo acento respondía.

Mi reino está lejano; tus palacios, tus padres, tus grandezas, puedes hallar á una palabra mia ¿si te quieres volver.... y ella seguía.

Y seguían los dos como si ignoto  
poder los condujera,  
á sus ojos pasando en su carrera  
como en alas del noto  
las leves hojas del otoño triste  
las ciudades, las selvas y los llanos,  
cual pasa por la mente que delira  
el confuso tropel de sueños vanos.

Y luego, cual se mira  
nevado cisne sobre oscura alfombra,  
punto argentado apareció á lo lejos  
de risueña floresta entre la sombra;  
y del poniente sol á los reflejos,  
y creciendo y creciendo,  
á cada paso que en su ruta avanza  
ir grandioso surgiendo  
de la espesura que le ciñe en torno,  
como surgir parece de los mares  
la nave que lejana  
sin forma ni contorno  
va apareciendo entre la espuma cana.  
Y llegaron á él y era un grandioso  
é imponente edificio  
del valle alzado entre el ramaje oscuro,  
severo, majestuoso  
de opaco tinte y elevado muro.

Marmórea gradería  
de brillante blancura  
desde el césped llevaba hasta la puerta,  
que aunque régia y magnífica, ofrecía  
pequeña entrada en el costado abierta.

Sobre el marmol sentóse fatigada  
fijando en el mancebo á quien seguía  
la princesa gentil dulce mirada.

Entonces él con cariñoso acento  
«aquí, la dijo, sin temor aguarda  
siempre fijo en mi amor tu pensamiento.»  
Y más veloz que la tiniebla parda  
el disco envuelve de la casta luna,  
el mancebo á sus ojos se perdiera.  
Y ella aterrada ¿sin razón alguna  
porqué me dejas? con afán decía;  
y una voz á su espalda, «Ama y espera»  
grata y consoladora repetía.

Mas la princesa con dolor clamando  
los brazos ¡ay! hacia la voz tendiendo:  
«Espera, espera» repitió llorando,  
y: «Espera» el aura en derredor gimiendo  
como suspiro que se extingue blando  
fué á lo lejos: «Espera» repitiendo,

Y allí sentada sobre el marmol frío  
tiende en su angustia la gentil princesa  
los bellos ojos que le empañan el llanto  
por la ancha vega.

Á nadie alcanza en el espacio vasto  
que ante su vista por doquier se ostenta;  
nadie que en busca de la triste y sola  
rápido venga.

Nadie, aparece en los senderos largos  
que blanquinosos entre el verde ondean,  
ni un punto ó sombra que su duelo calme  
mientras se acerca.

Nadie y la triste en su dolor acerbo  
hunde en las manos la gentil cabeza  
Y ¿á dónde? clama, volveré los ojos  
sola en la tierra?

La tarde tiende sus vistosas randas  
que el sol de ocaso con su luz jaspea  
y el polvo de oro que llenó el espacio  
con él se aleja.

El ave busca su caliente nido,  
la brisa el ala vagorosa pliega,  
la flor se inclina sobre el debil tallo,  
la noche llega.

Y yo cuitada en desamparo tanto  
ni un techo tengo que albergarme pueda,  
ni á do volver los contristados ojos  
sola en la tierra.

Tórtola amante que en la copa anidas  
del triste sáuce que la fuente riega,  
vuela y demanda al que constante ador o  
¿porqué me deja?

Auras amigas que el perfume blando  
del valle alzais en la region etérea  
id á decirle que sin él no tiene  
mi angustia tregua.

Sin él no encuentro ni en el sol más puro  
de luz destello ni en la flor esencia;  
alma del alma que sin él vé solo  
luto y tristeza.

Cual hiedra erguida que al perder su arri-  
mísera y triste sobre el polvo queda (mo  
id á decirle que me veis muriendo  
sola en la tierra.

Claro, vibrante, sonoro,  
cual respondiéndole á sus quejas,  
de una campana el tañido  
se alzó rasgando la esfera;  
á tiempo que dulce y grave  
música que al alma llega  
de serénica armonía  
el aire dormido llena  
Volvió con afán los ojos  
la enamorada princesa,  
y alzándose de su asiento,  
cruzadas las manos bellas,  
y las lágrimas que vierte  
en las mejillas suspensas,  
absorta escucha un instante  
con deliciosa sorpresa.

Así entre gotas de lluvia  
que el sol en diamantes trueca  
el iris de la esperanza  
puro y radiante se ostenta.

Ven, ven parece decirle  
con su metálica lengua  
la campana que en los aires  
con son amigo resuena;

Ven, ven, las dulces plegarias  
que con la música vuelan;  
vén, no aguardes que la noche  
su imponente sombra tienda;

Ven donde abrigo hallarás,  
paz, esperanza y ternura  
sin que te encuentres cual hoy  
sola y en extraña tierra.

Y de emoción palpitando,  
como la corza sedienta  
que el grato murmurio escucha  
del agua que ardiente anhela,  
los umbrales trasponiendo  
el cancel empuja trémula,  
que apenas paso le dá  
ruidoso á su espalda cierra.

Y como si el rudo golpe  
señal de silencio fuera,  
suspendiéronse de pronto  
las melodiosas cadencias,  
y soledad, calma y sombra  
cercándola por dó quiera,

el llanto tornó á sus ojos  
y al corazón la tristeza,  
repitiendo en su amargura  
en llanto acerbo deshecha:  
¡cuitada de mí que aguardo,  
sola y en extraña tierra!

Mas, abarcando con tenaz mirada  
la extensión vasta del desierto templo,  
contuvo el llanto y se quedó asombrada  
Las luces de la tarde, no pudiendo  
las sombras dominar que en él reinaban,  
se iban á la techumbre recogiendo,  
la cúpula aclarando solamente  
como aclara del mártir la aureola  
con divino fulgor la pura frente.

De un mar de nieblas tras el denso velo  
aquí y allá las lámparas se vian  
cual mustios astros que en nublado cielo  
sin aclarar la lobreguez lucian.

Los simétricos grupos de columnas,  
mudos atletas que la cimbría osada  
de la grandiosa fábrica sostienen  
por la nave anchurosa y dilatada  
proyectan á los tímidos reflejos  
de las luces distantes  
sus contornos de sombras vacilantes  
que con otras se ofuscan á lo lejos.

Los altos muros de color sombrío;  
las esculturas que sus huecos llenan  
que más bien que se miran se adivinan;  
aquel silencio sepulcral y frío,  
de la tarde las luces que declinan  
que al pasar de los góticos cristales  
los matices oscuros desiguales  
su alegre brillo tornan en austero,  
para mostrar que en la morada santa  
todo grave ha de ser todo severo;  
aquel rayo de sol que aun abrillanta  
algun punto saliente,  
y que en líneas blanquizas se adelanta  
hasta extinguirse en el opaco ambiente  
la princesa contempla en su amargura;  
y lenta avanza por la nave oscura,  
porque al ir avezándose sus ojos,  
á las tinieblas que el espacio pueblan  
presume ver ante el altar de hinojos  
blanca, inmóvil, callada,  
como apariencia de mujer velada.

A ella encamina el receloso paso  
y á la luz de una lámpara que brilla  
ante aquel ara con fulgor oscuro  
su traje observa de color de nieve,  
su faz que el velo medio oculta leve,  
sus manos juntas con piedad sencilla  
y cómo el labio en su plegaria mueve.

Venciendo entonces su primer asombro  
un paso avanza y á tocar se atreve  
la holgada tela que le cubre el hombro,  
preguntando anhelante á la que ora:  
¿En dónde estoy, y perdonad que os turbe,  
quereis decirme, por piedad, señora?  
Alzóse la que oraba y con sorpresa  
un instante en la princesa reparando  
su ropaje extrañando y su hermosura,  
con un recelo que vencer procura,  
¿quién sois? le dijo, con mirada austera  
porque cual flor que trasportó una ola  
á lejana ribera  
llegais aquí tan apenada y sola?  
¡Ay! suspiró la enamorada jóven;

rey es mi padre de grandioso estado;  
 feliz, rica y amena  
 mi senda fué mientras viví á su lado;  
 más todo ayer lo abandoné sin pena  
 por seguir al que adoro,  
 que al llegar de esta casa á los umbrales:  
 «Espera aquí», me dijo suspirando;  
 y en vano en ellos de tristeza llena  
 horas tras horas le aguardé llorando.  
 ¿Y adonde el paso dirigis ahora?  
 ¡Adonde irá quien su camino ignora!  
 Cual ciega avanzo sin aquel que adoro.  
 «Espera aquí»: le respondió á mi anhelo,  
 y aquí le aguardo y su tardanza llo-ro.  
 ¿Adónde irá sin él?  
 —Calmad el duelo;  
 triste es la historia y vuestra pena ruda;  
 venid conmigo y enjugad el llanto.  
 Y asió su mano y la sacó del templo,  
 llevándola á una estancia  
 que alumbraba aun el sol que se ponía  
 y de un huerto aromaba la fragancia,  
 dó jóvenes había  
 que al mirarla llegar la rodearon,  
 y que su extraña historia  
 con interés y lástima escucharon.  
 Más alzando los ojos la princesa  
 grito desgarrador lanzó de pronto,  
 y con trémula mano  
 señalando magnífica escultura:  
 Mirad, prorrumpe, al que aguardaba en vano.  
 Miradle en esa cruz fijo y sangriento,  
 de espinas coronado  
 él de grandeza y de beldad portento.  
 ¿Qué osais decir?, transidas de pavora  
 las vírgenes exclaman, mientras ella  
 que la verdad á comprender no alcanza  
 sigue con voz que el corazón tortura:  
 ¡Cómo en tan breves horas tal mudanza!  
 Sólo mi amor reconocer aun puede  
 al que admiré de majestad tesoro;  
 su faz era divina,  
 azul su traje con estrellas de oro,  
 su padre un rey que hasta la mar domina,  
 una virgen su madre; ¡oh! quien dijera  
 cuando amante su reino me ofrecía,  
 cuando al dejarme murmuraba, «Espera»  
 que así encontrarle por mi mal debía?  
 y de dolor imponderable presa,  
 en brazos de la anciana religiosa  
 quedó postrada la gentil princesa.  
 Y la anciana abrazándola amorosa,  
 así la dijo de respeto llena  
 mostrándole la imagen milagrosa;  
 Prosternad la rodilla,  
 y alzad el alma de pavor agena  
 ante el que veis del orbe maravilla.  
 Más que dejais por él os guarda amante;  
 que al desgarrar de vuestra mente el velo  
 cambiarcis su amor de solo un día  
 por el divino amor de los amores;  
 que el que reino y amor os prometía  
 en esta sirte de miseria y duelo  
 para siempre sin pena ni dolores  
 reino y amor os tornará en el cielo.

Maria Mendoza de Vives.

SECCION INSTRUCTIVA

Dicen algunos, yo me formo acá mi religion. Cada uno es libre de practicar la religion del modo que mejor le parece: esto sólo á mí me concierne: yo sirvo á Dios á mi modo.

Contestacion. Y este tu modo ¿no consistirá tal vez en no servirle de modo alguno? Esto vendria á ser lo mismo que aquellas personas que, por libertad de conciencia, entienden la libertad de no tenerla.

No; nadie tiene la libertad de servir á Dios del modo que mejor le parezca, sino que cada cual debe servir á Dios, como Dios quiere ser servido, y no de otra manera.

Esto te concierne, no hay duda; mas hay al guien aun á quien concierne tambien, á saber: á la iglesia, á la cual Dios ha ordenado el enseñarte cómo debes servirle. «Id, ha dicho á los primeros obispos de su Iglesia, id, enseñad á todos los pueblos; enseñadles la observancia de todos mis mandamientos. Quien os escucha, me escucha, y quien os desprecia, me desprecia; y hé aquí que estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.»

La Religion cristiana (ó católica, que es lo mismo) es la sola religion verdadera, conforme lo hemos visto anteriormente! ella es, pues, él solo verdadero y legitimo servicio de Dios,

Todo hombre, pues,

1.º Que no crea todas las verdades cristianas que la Iglesia enseña, que ha reunido en el Símbolo de los apóstoles, y que explica en los Catecismos católicos;

2.º Que no practica lo mejor que puede los diez mandamientos de la ley de Dios y las leyes que establecen los pastores de la Iglesia.

3.º Que no practica las virtudes cristianas (la castidad, la humildad, la dulzura, la abnegacion, la obediencia, etc.) y no huye de los vicios opuestos á estas virtudes;

4.º Que no emplea los medios de salvacion que la Iglesia propone á sus hijos, es decir, la oracion y los Sacramentos:

Todo hombre, repito, que no sirve á Dios del modo indicado, realmente no le sirve. Ofrece á Dios un culto que El rehusa: quiere seguir un camino diferente del que se le ha trazado; tiene las apariencias de la Religion mas no su realidad.

Resulta, pues, que tú no eres libre de servir á Dios del modo que te parezca, y sobre todo que no eres libre para dejar absolutamente de servirle.

M. Segur.

VARIEDADES

Colera Literario.

Es general el clamor que está levantándose por todas partes contra las obras del novelista Zola, y especialmente contra su última produccion titulada *La Tierra*

En Hungría han sido secuestradas las ediciones de este inmundo libro.

En Prusia ha sucedido lo mismo.

En Rusia no han permitido la traduccion de la obra y ademas ha sido prohibido la introduccion de la edicion francesa.

Solo en España y demas naciones masónico-progresistas han consentido circular esta venenosa inmundicia para que no padezca detrimento la libertad.

Es decir; la libertad de corromper al pueblo para hacer negocio á costa de la inocencia de sus hijos.

¡Buena libertad!

Justicia.

Los Arzobispos y Obispos católicos de Irlanda reunidos todos ellos en el colegio de Maynooth han firmado un enérgico documento amonestando al gobierno Inglés para que rebaje las rentas exhorbitantes que agobian á los labradores irlandeses y que los tienen sumidos en la mayor miseria.

La Iglesia siempre al lado de la justicia y amparando al debil contra el fuerte.

Por eso se la odia.

Costumbre Balear.

Cuando un labrador pobre ha caido enfermo y están sus campos sin cultivar y corre riesgo de que con la tardanza se le imallogre al infeliz la anhelada cosecha, toma la voz por él el Párroco en la Misa mayor, y ruega á los demás labradores que al salir de ella vayan todos al campo del compañero y se lo labren en día festivo, dispensando así, como puede hacerlo, del precepto eclesiastico de no trabajar aquel día en gracia de ocuparlo en obra tan meritoria. Y en efecto, al salir de Misa mayor van los vecinos y quitanse el traje de fiesta, toman sus aperos, y, al son del tamboril muchas veces, se emplean juntos en aquella obra de caridad.

Esta asociacion de socorros mútuos, establecida por el cura de la Parroquia, recuerda la influencia que ha ejercido siempre la iglesia en favor del menesteroso.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones cuartas y octavas de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fabricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion. . . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de "La Semana Católica, Villanueva, 6 bajo.